

LA GRANJA

Capítulo 5. El huevo.-



Después de la comida y una laaaarga, aburriiiiida e insoporrtable clase de matemáticas, tenía toda una tarde de verano por delante en la que decidí ir a inspeccionar los alrededores. Estuve dando un largo paseo y casi sin darme cuenta me encontré frente a un cartel que ponía:” ¡Peligro, no pasar!” Pero estaba un tanto cabreado con Rufini y sus numerajos y decidí saltarme las reglas. Así que pasé a ver qué había.

Al principio parecía un camino como otro cualquiera, con sus arbolitos, sus piedrecitas, sus caracoles sacando sus cuernecitos, los mosquitos agujoneando mis orejas, las cacas de animal

silvestre,...pero al cabo de unos minutos apareció una caseta vallada, llena de carteles diciendo “¡peligro, no pasar, aléjate!” y decidí ignorarla, pasando de largo ya que parecía una caseta antigua y sin ningún atractivo salvo el nido en el tejado y un montón de excrementos esparcidos por el mismo.

Continué andando y al cabo de un buen rato...¡plaf!, se acabó el camino. Al parecer no era mi día...Enfrente tenía un muro y decidí dar media vuelta y volver porque estaba anocheciendo, no sin antes estrellar dos manzanas que vi allí mismo, medio podridas, contra la pared.

Al regresar hacia la granja pasé, otra vez, por la misteriosa caseta y oí un extraño ruido que provenía de dentro. La curiosidad me obligó a entrar. Tuve que forzar la puerta con un palo que había en el suelo ya que estaba atrancada con un extraño artilugio de madera. Al entrar, un rayo me deslumbró y casi me quedo sordo del ruido ensordecedor. La intensidad de la luz descendió y pude ver el interior. Todo era muy extraño: era una especie de corral de gallinas totalmente enloquecidas. Cerré la puerta y se quedaron mudas. Por un momento pensé que se me iban a lanzar todas a la yugular, porque estaban casi en formación militar y con cara de mala leche, pero me dije “¡qué tonto, tú ves muchas películas...”

A continuación eché una mirada en derredor buscando el origen del resplandor y,... debajo de una de las gallinas, la que más escondida estaba en uno de los rincones de ese extraño lugar, allí, como si fuera su polluelo preferido ... no, no podía ser... eso era imposible...

-¡Un huevo de oro!, exclamé.

¡No me lo podía creer! Era exacto como en el cuento. Me froté los ojos, me pellizqué en el brazo, me di un par de tortas, un cabezazo contra la pared, y... ¡no, no estaba soñando! ¡Era cierto! ¡¡¡UN ENORME HUEVO DE ORO!!!

En ese momento me di cuenta de que estaba comenzando la aventura de aquel verano. Decidí dejar el huevo donde estaba, bajo la supervisión de la que ahora me parecía la gallina más hermosa del mundo y salí corriendo hacia la granja ya que era muy tarde y el tío Abundio se extrañaría de que no apareciera por allí. Mientras corría, se me ocurrieron las más extravagantes ideas de lo que haría con aquel huevo tan grande - porque era inmenso, -además de salvar a todos los animales y mis carcajadas rebotaban en los montes vecinos en forma de extraño y siniestro eco.

Isabel Goyeneche 2º ESO

